



“Magnifica Humanitas”: Una puerta de preguntas al futuro

Fernando Crespo, Doctor en Ciencias de la Ingeniería de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Académico Facultad de Economía y Negocios, UAH.

La Magnífica Humanidad, que Dios ha creado, y nos ha sido dada como don.

S.S. León XIV ha firmado la Encíclica “Magnifica Humanitas” el 15 de mayo de 2026, en el 135.º aniversario de la Encíclica “Rerum Novarum” de S.S. León XIII. Promulgada el 25 de mayo, ha sido publicada en español y otros idiomas, en el sitio <http://www.vatican.va> a fines de mayo para la libre lectura de las personas. En particular leí la edición publicada en papel por la Editorial San Pablo.

La razón para analizar la encíclica, en mi caso particular, proviene de dos fuentes: por una parte, dedicarme al trabajo con datos, machine learning y entrenamiento de sistemas de inteligencia artificial; y, por otra, la dimensión creyente como católico practicante. Ambas fuentes me parecen in-

teresantísimas para analizar un documento que aborda una tecnología emergente de nuestro tiempo. Una fe enraizada requiere ser interpelada y cuestionada. Agregaré observaciones, sabiendo que el papa León XIV nunca las leerá.

El contrapunto al inicio de Rerum Novarum, es significativo, el papa León XIII apelaba a responder a las cosas nuevas desde nuestra dualidad de seres dotados de razón, un comienzo muy aristotélico y en consonancia con su doctrina. El papa León XIV ha preferido partir colocando como contrapunto las historias bíblicas que contraponen el desarrollo de la Torre de Babel, como un proyecto soberbio cuyo resultado fue desastroso, en términos bíblicos, y la historia del libro de Nehemías, donde solidariamente convoca a las familias para volver a reconstruir una Jerusalén que se encontraba en pésimas



condiciones, con sus murallas destruidas, como una explicación de que: “La tecnología puede curar, conectar, educar, cuidar la Casa común; pero también puede dividir, descartar, generar nuevas injusticias”.

No obstante, lo anterior, en el documento, S.S. León XIV expone que “En los últimos años se ha hecho cada vez más evidente cuán rápida y profundamente la digitalización, la inteligencia artificial (IA) y la robótica están transformando nuestro mundo. La técnica no debe considerarse, en sí misma, como una fuerza antagónica respecto a la persona; por el contrario, está arraigada en nuestra historia desde el principio, en cuanto es «un hecho profundamente humano, vinculado a la autonomía y libertad del hombre»”, donde retoma la carta de Benedicto XVI, quién me recuerda la entrevista de los Titanes Venideros de Ernst Jünger, quienes dominan la técnica dominaran el futuro, sobre los desafíos y problemas de la técnica al hombre actual.

Los primeros capítulos desarrollan un resumen histórico de la Doctrina Social de la Iglesia desde León XIII al papa Francisco. En este itinerario se refuerzan las ideas relacionadas con los ejes que maduran a lo largo de esta tradición como son la dignidad de la persona, el valor del trabajo, el destino universal de los bienes, la subsidiariedad, la solidaridad, la paz y el desarrollo humano integral, y el cuidado de la Casa Común, siendo esto último una clara referencia a las encíclicas del papa Francisco.

Es importante recordar estos ocho aspectos porque la discusión sobre el avance, el desarrollo y el uso de la Inteligencia Artificial se articula en función de esos ejes.

Hay que entender que, en la dimensión de la fe, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, razón por la cual lo dota de una dignidad que no es renunciable ni reducible por nadie, ni nada.

También es relevante recordar, sobre todo en la Universidad Alberto Hurtado, que nos



definimos como una universidad para el Bien Común, tal como la encíclica recuerda la definición del Concilio Vaticano II, según la cual este consiste en «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y fácil de la propia perfección». Este punto es necesario recalcarlo, porque el objetivo que debe guiar la acción de los elementos previamente delineados debería ser el alcance de ese Bien Común para el surgimiento de la propia perfección.

Estos principios, como el destino universal de los bienes y la subsidiariedad, obligan a la custodia de los bienes y a la corresponsabilidad grupal para alcanzar los fines del Bien Común, mediante asociaciones, agrupaciones, familias, comunidades y cuerpos intermedios que no pueden ser absorbidos.

Ahora, asumiendo los postulados anteriores, el Papa León XIV denuncia que el uso de la tecnología puede acelerar “un paradigma tecnocrático en el mundo globalizado: la tendencia a dejar que la lógica de la eficiencia, del control y del lucro gobierne por sí sola las decisiones personales, sociales y económicas. Así se manifiesta con mayor evidencia que la técnica no es un simple instrumento y que, cuando se vuelve criterio, termina por establecer qué cuenta y qué puede descartarse, reduciendo la creación a un objeto de

explotación y a las personas a engranajes de un sistema que sea cada vez más eficaz”.

Y en ese punto es donde se juega la preocupación del Santo Padre, que la inteligencia artificial acelere o radicalice el paradigma tecnocrático.

Si bien es cierto, no se desarrolla una definición de Inteligencia Artificial, la más común, y asumida por la comunidad científica la define como la capacidad de lograr imitar los desarrollos cognitivos superiores de los seres humanos como es el desarrollo del lenguaje, reconocer imágenes, conducir un automóvil, etc. La encíclica recalca que la inteligencia artificial imita la inteligencia humana, pero está limitada a los datos, y su tratamiento. Es cierto que, hasta el momento, carecen de la experiencia sensorial de vivir en el mundo, pero no se sabe si ello seguirá siendo así en el futuro. Es cierto que, tal como menciona el documento, las IA no aprenden como el ser humano a partir de la experiencia; lo hacen mediante entrenamiento.

La encíclica hace referencia a tres aspectos que actualmente logra la IA: la facilidad para lograr el resultado, la impresión de objetividad y la simulación de la comunicación humana, evidentemente que esto se relaciona técnicamente en última instancia con el test de Turing, si no somos capaces

de identificar que estamos frente a una máquina hemos alcanzado el nivel de comportamiento que la hace indistinguible de un ser humano, y esto clama para la preparación de los aspectos posteriores que se deben abordar. Esto evidencia que las respuestas están relacionadas con los valores morales de los lugares donde estas inteligencias han sido entrenadas. Deepseek, la inteligencia china, no da respuestas políticas, y las observaciones morales de Chatgpt también son simples, sin dejar de mencionar que aún en la generación de texto estos LLM pueden alucinar.

El mayor problema en el entrenamiento de la IA proviene de los datos disponibles, y, en gran medida, de lo publicado en internet, de manera que los sesgos provienen de las fuentes disponibles públicamente. Tal como se escribe: “De esto se deriva una consecuencia sencilla pero apremiante: no podemos considerar a la IA como moralmente neutra”.

Se pide que: “Para que la IA respete la dignidad humana y sirva realmente al bien común, es esencial que las responsabilidades estén claras en todas las etapas: desde quienes diseñan y programan los sistemas hasta quienes los utilizan y quienes resuelven confiarles las decisiones concretas”, sin embargo, existen problemas científicos y técnicos que deben ser contestados, para la gran mayoría de los LLM, por ejemplo, las arquitecturas no están disponibles en Internet. Es posible buscar propuestas a las arquitecturas supuestas que deberían tener los LLM por parte de investigadores con el fin de explicar cómo estas deberían funcionar, pero en estas condiciones se reduce enormemente la capacidad de hacer “accountability”, y saber las restricciones que comportan. Técnicamente es conocimiento privado.

“Pedir prudencia, controles rigurosos y, en ocasiones, también una ralentización en la adopción de la IA no significa estar en contra del progreso, sino ejercitar un cuidado responsable hacia la familia humana. Esta exigencia es aún más urgente porque exis-

te a menudo un desequilibrio entre la velocidad del desarrollo tecnológico y el ritmo al que maduran la conciencia, las normas, los controles y las instituciones capaces de gobernar sus efectos. No basta invocar genéricamente la ética; se necesitan marcos jurídicos adecuados, vigilancia independiente, educación de los usuarios, una política que no renuncie a su tarea. De otro modo, el cambio será gobernado sólo por lógicas tecnocráticas y presentado como necesario e imprescindible, terminando por imponer reglas dictadas por quienes poseen datos, infraestructuras y capacidad de cálculo”, es colocado explícitamente en la encíclica.

Se hace hincapié en que estos desarrollos están en manos de pocos, pero el mayor problema no es sólo la asimetría de propiedad y poder, sino también el funcionamiento que está ocurriendo a bajo nivel; no se saben ni los filtros ni los procedimientos que pueden estar operando bajo interfaz en el caso de las empresas que proveen estas plataformas.

El Papa León XIV hace un llamado a desarmar la IA, en términos de poder tecnológico y gobernanza, con el fin de impedir el dominio sobre lo humano. Por ello, se hace un llamado ético y espiritual a los desarrolladores para que custodien los valores que manifiestan las plataformas y que realmente hagan un bien. Es claro que esto se vuelve

difícil en la práctica, ya que, en muchos casos, el trabajo en las partes decisionales de estos desarrollos es un empleo de alta remuneración.

El llamado es a custodiar lo humano, principalmente los aspectos del “afecto, la voluntad, la entrega y la relación”. “No se trata ciertamente de oponerse a la inteligencia, sino de recordar que, cuando se repliega en sí misma, olvida que ha sido hecha para servir a la vida y a la persona humana” (p. 113).

Respecto a las observaciones del transhumanismo y el posthumanismo, que nos advierte el Papa León XIV, es necesario recalcar que más que narrativas dominantes son difusiones de propaganda para prometer una humanidad potenciada, y seguir recaudando fondos para las inversiones que pretenden hacer, pero cualquier cambio futuro que se ofrezca olvida que los seres humanos para desarrollarnos necesitamos el transcurso de una vida, y ni el aislamiento, puede garantizar el resultado de los efectos que esa vida vivida puede tener sobre la persona. Son utopías totalizantes que vienen a reemplazar las utopías del comunismo, el nazismo y otras como el futurismo, que han terminado llenando las páginas de historias más por la sangre derramada que por los logros, si es que los obtuvieron. Es inevitable, pero si llega una novedad para reducir el envejecimiento en 10 años más, inevita-



blemente estaré viejo para esa novedad, y lo mismo ocurre para quienes vendrán, aunque sus genes sean seleccionados, sus vidas determinarán otros desarrollos que no podemos prever. “Por ello es necesario distinguir con claridad: una cosa es integrar las tecnologías en una visión humana y relacional; otra es dejarse guiar por un imaginario que desprecia el límite y promete una “salvación” puramente técnica” (p. 117).

El límite humano —vulnerabilidad, enfermedad, envejecimiento, fracaso— no se presenta como un simple defecto técnico. En la experiencia del límite nacen la compasión, el cuidado y el reconocimiento del otro. La finitud puede abrir al ser humano a una sabiduría relacional y moral que no se obtiene mediante la mera optimización (p. 118-126).

El humanismo cristiano ofrece una idea distinta de la superación: el ser humano puede trascenderse mediante la gracia, el amor y el don de sí. La ciencia y la técnica son acogidas con gratitud, pero situadas dentro de una visión integral de la persona y de su vocación relacional (p. 127-130).

También la encíclica interpela al trabajo que deben hacer las Universidades: “el gran reto de la integración de los conocimientos, formando tanto en la capacidad de conectar y fusionar saberes para interpretar la complejidad, como en las técnicas de verificación de los hechos”

El documento denuncia la normalización de la guerra, el debilitamiento de la memoria histórica, el crecimiento de la industria bélica y el retroceso de la diplomacia. La revolución digital modifica, además, la gramática de los conflictos mediante ataques informáticos, manipulación informativa, automatización y sistemas de armas basados en IA (p. 189-197). En ese sentido, a mi entender, en la educación actual de los niños, hoy no leen en los colegios libros como “Un día en la vida de Iván Denisovich” de Aleksandr Isaevich Solzhenitsy, sobre la experiencia de estar detenido en un Gulag. “Un mundo feliz” también nos puede alertar sobre la IA como

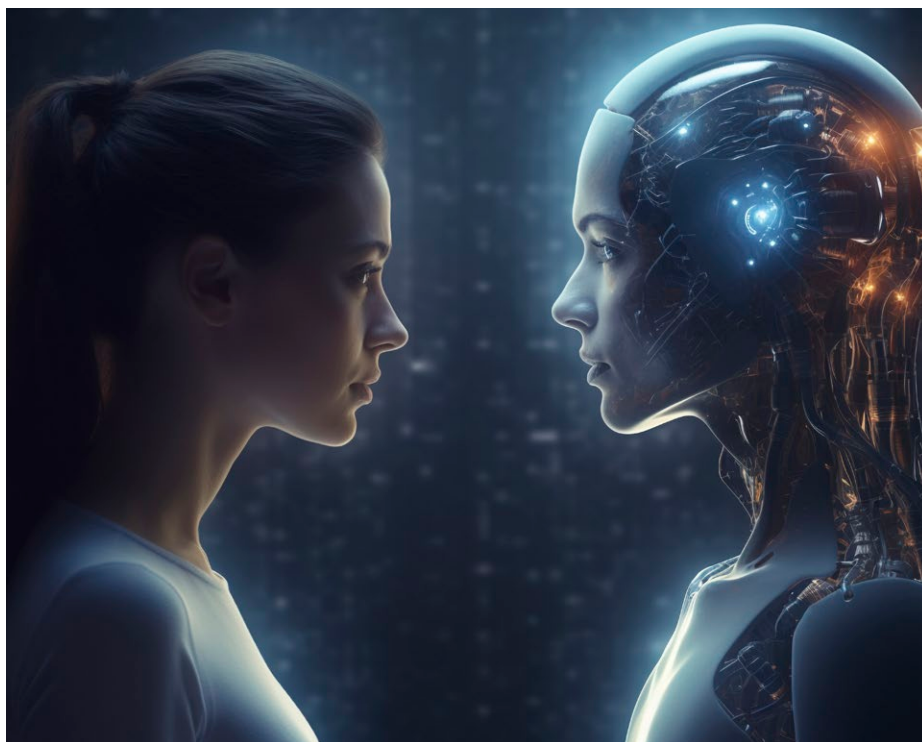
una droga que reemplace nuestro sentido de relaciones auténticamente humanas.

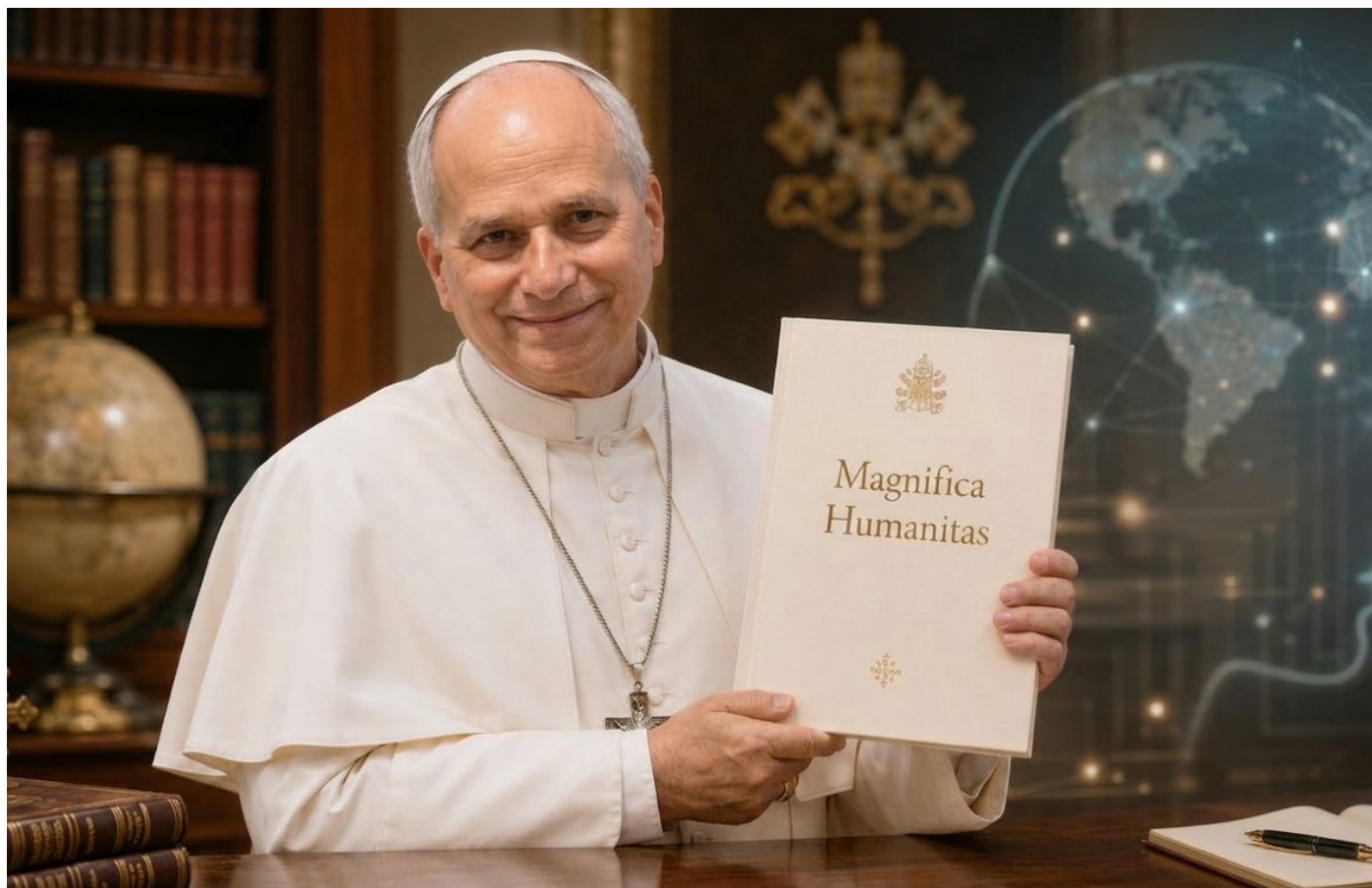
Respecto de las armas y la IA, la encíclica exige criterios precisos: preservar la responsabilidad humana, evitar decisiones letales totalmente delegadas, asegurar la trazabilidad y el control, y considerar la facilidad con que la automatización puede disminuir las barreras políticas y psicológicas al uso de la fuerza. La investigación científica tiene una responsabilidad particular en la orientación de estos desarrollos (p. 197-210). En este punto, y la encíclica lo reconoce, la ONU es una organización debilitada. De mi observación: en la práctica solamente burocrática, sin ningún efecto, basta mencionar su participación al comienzo de la pandemia de COVID con el responsable que tenía a cargo

de la salud, negando el surgimiento de esta misma. Por otra parte, el uso de UAV (drones) no significan, ni poseen estatus para generar un casus belli, lo que puede aumentar su aprovechamiento por quienes los poseen o por grupos terroristas, y eso es reconocido en la encíclica. Además, está el hecho de usar la IA como agente planificador de un ataque o una guerra; las guerras no funcionan desde la lógica de la planificación hasta el último detalle; en su mayoría requieren de decisiones holísticas y de la corresponsabilidad humana. En el año 83, cuando el teniente coronel soviético Stanislav Petrov evitó la catástrofe nuclear llegando a la conclusión de que había una falla técnica en el sistema de alarmas, probablemente un agente de IA tomando decisiones activaría los protocolos nucleares, dado que los sensores que está



El Papa León XIV denuncia que el uso de la tecnología puede acelerar “un paradigma tecnocrático en el mundo globalizado: la tendencia a dejar que la lógica de la eficiencia, del control y del lucro gobierne por sí sola las decisiones personales, sociales y económicas”





leyendo le indican ese escenario, un ser humano puede permitirse no creerles a los sensores.

La alternativa propuesta es concreta: cuidar el lenguaje, construir paz fundada en la justicia, escuchar a las víctimas, cultivar un realismo que evite tanto el idealismo ingenuo como el cinismo, relanzar el diálogo, fortalecer la diplomacia y recuperar el valor del multilateralismo. El ciberespacio también debe ser objeto de cooperación internacional y no quedar abandonado a una lógica de confrontación permanente (p. 211-228). Observación de mi parte: el juego nuclear se desarrolló bajo el concepto de dos actores, bajo la teoría de juegos, pero aumentar el número de jugadores cambia los desarrollos del juego, ya que hay más intervinientes; mantener la paz en un mundo multilateral es mucho más difícil, porque además las coaliciones son mucho más débiles, y el que un actor secundario quiera tomar la iniciativa lo hace aún más peligroso.

Para los creyentes, la conclusión vuelve al misterio de la Encarnación. Frente a las promesas de una humanidad técnicamente potenciada, el cristianismo contempla al Verbo hecho carne: la plenitud humana no consiste en escapar de la corporalidad, la fragilidad o la relación, sino en vivirlas como lugar de amor, comunión y don de sí (p. 229-233).

La Eucaristía ofrece una imagen de unidad que no elimina las diferencias. En una época en que las redes económicas y tecnológicas pueden producir aislamiento y exclusión, la comunidad cristiana está llamada a cuidar los vínculos, devolver la voz a quienes son invisibilizados y orientar los procesos hacia la dignidad (p. 234-235).

El “arquitecto sabio” es la figura espiritual que resume la encíclica: una persona capaz de construir activamente el bien, con Dios como fundamento, el límite humano aceptado con verdad, la corresponsabilidad como estilo y el lenguaje evangélico como forma

de relacionarse. El programa final se expresa en cuatro verbos: permanecer fieles a la verdad, invertir en educación, cuidar las relaciones y amar la justicia y la paz (p. 236-240).

La imagen de Nehemías reaparece como símbolo de una obra compartida. Nadie reconstruye la ciudad por sí solo; cada persona asume una parte de la responsabilidad. Finalmente, el Magnificat de María se presenta como canto de esperanza y como mirada capaz de reconocer la obra de Dios desde los pequeños, los pobres y quienes normalmente quedan fuera de los centros de poder (p. 241-245).

Los desafíos que enfrentamos son enormes, pero esta encíclica “Magnifica Humanitas” nos permite tener conciencia del ámbito de uso de la Inteligencia Artificial, incluida su aplicación en el aula, y nos permite abordar su desarrollo para generar una IA al servicio del género humano. **OE**